

Homenaje a Joan Fuster en Sueca

LA iniciativa del Instituto Nacional de Bachillerato de Sueca, iluminada y realizada por su director el historiador Javier Paniagua, de hacer un homenaje al escritor Joan Fuster fue tomada como empresa inviable en estas tierras en las que el homenajeado ha merecido más páginas escritas en su contra que votos a favor por parte de los responsables de los medios de comunicación y la burguesía cultivada que dedica tiempo a las letras valencianas. Allí estuvo presidiendo el acto el rector de la Universidad, Manuel Cobo del Rosal, a quien se le pidió, por boca del tironogalvanista y decano de Económicas, Manuel Sánchez Ayuso, nombrar doctor "honoris causa" al heterodoxo valenciano. Y "Las Provincias" publicó una acertada crónica de su redactor Ricardo Bellver, olvidando, al menos por un día, la estéril caza de brujas valencianas. Los otros mass-media también informaron.

Era un espejismo. Joan Fuster mantuvo el cínico aspecto y avezada fachada, destacada por un constante cigarro con boquilla, contemplando algo insólito. A los postres de los discursos, que duraron dos horas y media, recordaría que no esperasen que el homenaje era el premio a la obra realizada y santas pascuas para que no hable más. Todavía más. "Vuestra presencia es la adhesión a las perspectivas de futuro que tenemos en el País Valenciano y un estímulo para continuar trabajando. Espero que nos encontremos de nuevo en una mañana de fiesta, esperanza y compromiso, no en homenaje a nadie, sino en plena identificación con la libertad".

Desfilan políticos y no políticos, todos filofusterianos, porque los fobos utilizan no las tribunas, sino el papel impreso. Pero antes de la espontánea adhesión, los miembros de la mesa presidencial hicieron particulares esbozos de la obra de Fuster. Dos miembros del secretariado del Partit Socialista del País Valencià (PSPV), Ernest Lluch y Alfons Cucó, pusieron el marco socioeconómico e histórico, respectivamente. Lluch calificó el método fusteriano de interpretación moderna, progresista e incluso marxista, "no es sólo un ensayista, es un científico social", para añadir que había sabido enlazar nacionalismo con revolución industrial. Mientras Cucó explicó el silencio administrativo de Fuster en Valencia: "Ha sido objeto de las acusa-

ciones de la clase dominante que tenía los medios de comunicación".

Manuel Sanchis Guarner calificó el ensayo fusteriano de combinación de rigor y amenidad, para subrayar que Benlliure, Blasco Ibáñez, maestro Serrano y Sorolla, valencianos ilustres todos ellos, no habían hecho lo que Fuster: quedarse en Sueca, no en Valencia, Madrid o Barcelona. Joaquín Molas disertó sobre el sentido de la literatura del escritor valenciano y Javier Paniagua dio lectura a las innumerables adhesiones, desde Antonio Buero Vallejo a Pedro Altarés y Josep Meliá, pasando por todos los hombres de la pluma catalana no presentes.

El espejismo aumentó cuando desfilaron la casi totalidad de partidos valencianos ante el abierto micrófono, y todos expresándose en catalán hasta el ilustre murciano que le pidió el "honoris causa". Unos eran recibidos con palmas, otros con pitos y palmas y los terceros con pitos, porque al público que allí estaba eso de que el PCE se denomine Partit Comunista del País Valencià (PCPV) no le cae en gracia. "Un pueblo no puede vivir divorciado de su inteligencia", dijo Burguera; "Fuster no es un conservador de izquierdas, como se auto-define —dijo Mira—, sino un liberal de izquierdas", para hacer una conflictiva pregunta: ¿Por qué todos los que han estado de alguna forma alrededor de Fuster han salido de izquierdas y, aún más, socialistas? El maestro sonrió tras las gafas y el cigarro. "Conciencia crítica de una sociedad dogmática" fue el pipro que le soltó Manuel Broseta, y Vicent Ventura aclaró: A veces se ha dicho que el País Valenciano no existiría si no hubiese existido Fuster. No es verdad, porque no se lo ha inventado. Le agradeció las críticas que estrechan su amistad y afirmó que Joan Fuster "no vende la libertad a ningún precio".

El 22 de diciembre fue antesala de esa normalización cultural y política que los valencianos vienen buscando desde que su mentor les estimuló. Unas primeras filas, repletas de los que trabajan la cultura y la política en esta tierra con identidad propia, prometieron acudir a la nueva cita de la Generalitat valenciana y ante un doctorado Fuster que promovió en su día la elaboración de un anteproyecto de Estatuto de Autonomía. ■ **JAIME MILLAS. Fotos: FORTEZA.**

La Capilla siXtina

NUEVAS AMISTADES

A medida que me hago viejo aumenta la frecuencia con que me asalta la tentación de quitarme este país como si me quitara unas botas pequeñas y duras después de un día de mucho caminar. Hay dos maneras de quitarse un país de encima: o marchándose de él o encerrándose en una pequeña patria de tres o cuatro calles, tres o cuatro amistades y ni un periódico. Hace años, en vida del señor almirante don Luis Carrero Blanco, estuve a punto de autoexiliarme y de enviarle desde el avión una carta de despedida. La tenía muy pensada. Empezaba así: "Adiós, don Luis, adiós. O usted o yo...", etcétera. Contuve la tentación de ir a Estados Unidos a dar unos cursos sobre la sensualidad en San Juan de la Cruz o sobre la caída de la letra D en posición intervocálica (pasmao por pasado, nos han jodido por nos han jodido, etcétera).

El tránsito del año me vuelve a sorprender descorazonado, con los pies hinchadísimos dentro de unas botas que siguen siendo pequeñas y rígidas.

—Me parece que me voy a ir.

—¿A dónde?

—No lo sé, Encarna. Pero me voy a ir.

—Yo también.

—¿A dónde? ¿A Francia? ¿Grecia? ¿Estados Unidos?

—Leganés. Tengo una juerga dentro de media hora. Unos amigos celebran el año nuevo con retraso. ¿Se viene?

—Ya irás acompañada.

—No invierta los papeles. El que va acompañado es usted.

—Ya hablas como la señora García.

—Sí, señor Martínez. Bueno, ¿viene o no viene?

—Os amargaré la fiesta.

—No podrá. Nadie se fijará en usted.

—Entonces no voy. Si nadie me va a decir ni ahí te pudras.

—Si quiere yo me encargo de que alguien le diga: ahí te pudras.

—No sé. No sé.

—Bueno. Si lo que quiere es quedarse con la depre encima como si fuera una manta, pues se queda. No hay juergas más sublimes que las solitarias en compañía de una buena depre. Llore por todo lo que pudo haber sido y no fue: la rebelión de Espartaco, el catorce de abril y lo que cuelga.

Y se va. Me tumbo en el sofá. Conecto la "tele" y le quito el sonido, no fuera a aparecer el señor Anson y me fuera a amargar la noche con su verbo de monárquico moribundo. Retomo el libro que me ocupa: Inquisición y censura de libros en España del siglo XVIII, de Marcelin Defournaux, editado por Taurus. Me lo mandó hace meses el cura Aguirre, que es monárquico por razones estéticas, como Eliot. Vaya librito. Como para elevar la "depre" al cuadrado. Una inteligencia secreta entre la Corte y la Inquisición sería, a mi juicio, el mejor medio de contener el mal, escribe el embajador en París, Fernán Núñez al conde de Floridablanca. La madre que les parió, pienso. Me adormilo y sueño con los hermanos Ansones: el uno es Fernán Núñez y el otro Floridablanca. Me despierta la mano de Encarna, y aún entre sueños la veo en compañía de un perro canela de padre lobo y madre galga, o viceversa.

—¿Un amante nuevo?

—Es perra. Vagabunda. Iban a por ella unos laceros en la calle de la Escalinata y he dicho que era mía. Se la regalo. Ya tiene nombre. Se llama Madame. Se la regalo.

He dado la vuelta para dormir, confiado en asistir a un buen sueño. Cuando he despertado al amanecer, Encarna no estaba. La perra, sí, ovillada sobre mi bufanda, mirándome con estudiosos ojos de esclavo y moviendo la cola como una bandera de amistad. ■

SIXTO CAMARA